

El Expreso del Anochecer

Julio Peces Ruiz

Prólogo

Lentamente, las lágrimas se precipitaron al vacío...

Desde lo más alto del cielo, cubierto de nubes plumizas hasta donde alcanzaba la vista, cayeron durante una eternidad para terminar chocando contra la inclinada superficie de una pirámide de cristal, por la que resbalaron lánguidamente.

Bajo ella, en sus relucientes galerías repletas de obras de arte, todo era quietud y soledad. Un silencio solamente turbado, o más bien acompañado, casi con elegancia musical, por el repicar de la lluvia en el exterior y los pasos taciturnos de las pocas personas que, en ese día pasado por agua, se habían atrevido a dejar el calor de sus hogares para ir a contemplar aquellos cuadros y esculturas.

Y en una de sus alas más alejadas, pero igual de apacible, una discreta pintura descansaba en la pared ante la mirada de su única espectadora, una bella mujer que la contemplaba con silencioso pasmo. El dibujo era una ilusión óptica popularmente conocida. En él podían verse bien dos rostros de perfil en color negro mirándose, bien una copa blanca sobre un fondo negro.

-La copa de Rubín -exclamó de pronto alguien a sus espaldas.

La mujer se volvió con un respingo cuando aquella voz masculina la sacó de golpe de su ensimismamiento. Un chico joven y apuesto, bien vestido, con el pelo negro engominado, se aproximaba hacia ella caminando despacio.

-Discúlpeme, no pretendía asustarla

-No se preocupe -contestó con educación.

El desconocido la observó rápida pero discretamente de arriba abajo. Tendría alrededor de cuarenta años, era esbelta, de mejillas rosadas en un rostro de hermosa piel pálida, ojos azules, y un pelo rubio platino que llevaba recogido en un moño de trenzas francesas.

-Es la copa de Rubin -volvió a decir, señalando la imagen. Tenía una voz agradable y su piel desprendía una embriagadora fragancia-. Se trata de una ilusión óptica que juega con la distinción de lo que es figura y lo que es fondo. Dependiendo de cómo se mire, uno verá una cosa u otra, pero ambas serán igual de auténticas.

-Pero la obra lleva por título "La copa".

-Normalmente suele ser elegida como figura la parte que es más pequeña.

-Aunque eso no signifique que estén equivocados aquellos que ven los dos rostros besándose.

-¿Besándose?

-Supongo que soy una romántica empedernida -dijo ella con un deje de ironía-. ¿Y qué me dice de esas?

Toda la galería estaba repleta de otras tantas imágenes engañosas e ilusorias, semejantes a la de Rubin, colgando de sus blancas paredes.

-Vienen a ser lo mismo. Por ejemplo -caminaron unos pasos hacia otro cuadro-, en ese de ahí encontramos al mismo tiempo una mujer joven y una vieja. Siempre se ve primero una de ellas, pero con un poco de atención, se consigue ver ambas con facilidad. Igual que en esta otra -y señaló otro dibujo, procedente de una revista de humor alemana, en el que se podía ver indistintamente la cabeza de un conejo o de un pato, siendo las orejas del conejo el pico del pato-. La ambigüedad juega con nuestro cerebro. Se denomina inversión perceptual.

Saltaba a la vista que trataba de impresionarla con su elocuente verborrea. Sin embargo, ella exclamó con sincera emoción:

-Me parece muy interesante cómo logran engañar nuestros sentidos.

-Igual que en el mundo real -habló él adoptando un aire profundo y filosófico-. La realidad en sí es engañosa. Las apariencias nos embaucan continuamente como espejismos en el desierto. Y a veces hay que mirarla desde otra perspectiva para poder comprenderla, como sucede con esa anamorfosis de Da Vinci.

Ella observó la imagen a la que se refería, creada por Leonardo Da Vinci hacia 1485. A priori no era más que una serie de líneas deformadas, pero si uno la miraba desde la perspectiva adecuada, podía ver el dibujo del rostro de un niño.

-¿Es un experto en arte o en psicología?

-No, sólo un simple aficionado -contestó él con un tono a medio camino entre la modestia y la jocosidad-. Disculpe, qué modales los míos. Me llamo Josh.

Él le tendió la mano, ella se la estrechó con suavidad.

-Elsa -se presentó, y preguntó, perspicaz-. ¿Americano?

El joven asintió con la cabeza y dijo:

-Usted tampoco es de por aquí.

-No nací en Francia, pero llevo viviendo aquí varios años.

-¿A qué se dedica?

-Trabajo para la revista *Le Rossignol*. Tengo que escribir un artículo sobre esta exposición. ¿Podría decirme algo más sobre estos dibujos que me resulte útil?

Fueron paseando por la exposición. No había nadie más allí salvo ellos, en aquella galería silenciosa cobijada del frío, de la lluvia y de todo lo demás que hubiera en el exterior. Era casi como estar en una especie de limbo.

Josh le explicó y analizó, haciendo alarde de toda su labia, otras tantas imágenes. Sus ojos desfilaron por una larga serie de ilusiones ópticas, figuras imposibles y dibujos de percepción ambigua. Tras dejar atrás una extraña representación de la banda de Moebius, cuyo principio es su final, y una postal muy curiosa en la que los continentes del mundo conformaban el cabello de una mujer, con la isla de Madagascar a modo de pendiente en su oreja, se detuvieron ante un conjunto de pinturas muy similares.

-Estos dibujos representan diferentes versiones de la ilusión de Zollner -dijo Josh-. Aunque dé la impresión de que las líneas no son paralelas, le aseguro que sí lo son, y de principio a fin.

-Parecen los raíles de un tren -exclamó ella.

-¿Eso es lo que usted ve?

Elsa respondió con un silencio y nada más.

-¿Le corre mucha prisa ese artículo que tiene que escribir?
-inquirió de pronto Josh.

-¿Por qué?

-Había pensado que cuando saliéramos de aquí, podríamos dar un paseo hasta Saint-Michel y tomar un café...

Dejó la frase en suspensión deliberadamente. Sin embargo, a modo de respuesta, Elsa se quitó uno de los guantes que cubrían sus blancas y delicadas manos. Y fue entonces cuando el joven vio, para su disgusto, la alianza en su dedo anular.

Josh se quedó helado unos instantes, sin pestañear, con la expresión pasmada e inexpresiva de quien acaba de recibir una ducha fría para su vanidad.

-Oh, vaya...

-Lo siento -murmuró Elsa-, no era mi intención darle falsas...

-No importa -saltó inmediatamente Josh, apresurándose en recuperar lo más rápido posible la entereza en su voz-. Como he dicho hace un momento, la realidad nos juega malas pasadas constantemente.

El joven dibujó una sonrisa con sus labios, esforzándose en disimular su orgullo herido y tratando de no perder su encanto en presencia de aquella bella dama.

Al poco, se despidieron educadamente, y en eso quedó su corto y agradable encuentro. Josh se fue caminando tan elegante y discretamente como había llegado. Elsa permaneció allí unos minutos más, observando detenidamente la exposición, y cuando consideró que había recabado datos suficientes para escribir un artículo jugoso, también se marchó.

Aquella mañana del seis de Noviembre de 1951, París se había teñido de un gris monocromático. Seguía lloviendo cuando salió al exterior, y no había indicios de que fuera a cesar pronto, pero eso no disgustaba a Elsa. Desde siempre le había encantado la lluvia. Su visión, su olor, su sonido, sentir las gotas sobre su pálida piel...

Se alejó de aquel museo, en el que pernoctaban algunos de los tesoros más maravillosos de la humanidad, y caminó hasta la parada del autobús. Mientras esperaba la llegada del mismo, pensó en el joven que había coqueteado con ella dentro del Louvre. Sintió una pizca de lástima por él. En ningún momento había tenido intención de flirtear ni de darle vanas esperanzas. Ella amaba a su marido. No obstante, para sus más íntimos adentros, se confesó que se había sentido ligeramente halagada de que aquel desconocido coqueteara con ella. ¿A qué persona, hombre o mujer, casada o soltera, no le halaga que otra muestre interés por ella?

El autobús tardaba en llegar. La calle estaba desierta, a excepción de otras dos personas junto a ella en la parada. Elsa miró en derredor. Entonces, sus ojos se posaron en un edificio derruido al otro lado de la calle, del que no quedaba más que un montón de escombros negruzcos. Había sido destruido por una bomba durante la guerra. Más de un lustro había pasado desde su conclusión, pero su fantasma seguía aún acechando las mentes y corazones de muchas personas, y sin duda pasaría mucho tiempo hasta que dejara de hacerlo... Por algún motivo, quizá para matar el aburrimiento de su mente mientras esperaba, Elsa se preguntó qué aspecto habría tenido la vivienda antes de ser destruida, quiénes la habrían habitado y si habrían muerto durante la explosión o se encontrarían viviendo en otro lugar.

De pronto, sus oídos captaron algunos fragmentos de la conversación que mantenían las otras dos personas de la parada, que eran un hombre y una mujer de avanzada edad, bien abrigados y protegidos bajo un mismo paraguas. Tenían pinta de ser un matrimonio bien avenido, con muchos años a sus espaldas.

-No lo entiendo... -murmuraba la esposa- ¿Y no han dicho nada más?

-Nada. Supongo que darán más información en unas horas.

-Qué barbaridad. Tanta violencia y tantas desgracias en el mundo... No sé adónde vamos a ir a parar. Ya hay asesinatos hasta en los trenes.

-No han dicho que haya sido un asesinato, sólo que una persona ha muerto -repuso el marido.

-¿Qué otra cosa ha podido ser si no?

-Pues un suicidio, un accidente, no sé...

-Jesús... -volvió a suspirar la mujer- ¿Y cómo has dicho que era el nombre de ese tren?

-El Nightfall Express.

Un escalofrío terrible recorrió a Elsa de la cabeza a los pies.

Nightfall Express... Ese nombre retumbó en su cabeza como un eco en la oscuridad. Casi en un acto reflejo, abordó a la pareja:

-¿Cómo han dicho? Pero ese tren ha llegado hace una hora a la estación.

-No, no lo ha hecho -replicó el hombre-. Se suponía que tenía que llegar esta mañana a París, pero después de lo que ha ocurrido, se ha desviado. Creo que está en Metz. La policía de allí se está encargando del asunto.

-¿Qué dice que ha pasado? -interrogó Elsa con gran preocupación en la voz.

-Parece ser que alguien ha muerto a bordo.

-¡¿Está completamente seguro de que era el Nightfall Express?!

El hombre y la mujer retrocedieron un paso, sobresaltados por el repentino ímpetu de aquella desconocida.

-Sí, completamente. Lo han dicho en la radio. Pero no han dado mucha más información. Le he contado todo lo que sé.

Elsa permaneció unos segundos congelada, inexpresiva, y sin previo aviso, se alejó de la parada de autobús ante la perpleja mirada de aquel matrimonio. Comenzó a caminar, maquinal, inmersa en sus pensamientos. La lluvia que tanto solía adorar se intensificaba. A cada paso que daba, se mojaba los pies en los grandes charcos que se habían formado en el suelo. El diluvio parecía haber desalojado cada avenida y bulevar de la ciudad. No había un alma. Sólo agua y un viento fortísimo.

De pronto, entre la niebla que comenzaba a emerger del Sena, vislumbró las luces de un taxi. Se encontraba aparcado, y su conductor, frotándose las manos en su interior, escuchaba la radio. Elsa corrió hacia él y golpeó la ventanilla con los nudillos.

El taxista giró la manivela para bajar el cristal y miró a la chica, pero antes de que pudiera decirle nada, esta exclamó:

-Perdone, ¿han dicho algo en la radio sobre el Nightfall Express?

-¿Disculpe? -musitó con extrañeza el conductor.

-El tren, el Nightfall Express. Tenía que llegar esta mañana a París desde Berlín, pero creo que ha sufrido un accidente. ¿Ha oído algo en la radio? -su interlocutor hizo una mueca de desconcierto y movió la cabeza de un lado a otro- ¿Me permite?

Sin dar tiempo al taxista para que respondiera, Elsa metió medio cuerpo por la ventanilla del taxi, alargó la mano hacia la radio y fue cambiando intermitentemente de emisoras. Estuvo varios minutos buscando noticias que informaran sobre el susodicho tren. Pero fue inútil, ni lo mencionaban siquiera. Al final se dio por vencida.

-Gracias -dijo educadamente.

-¿Necesita que le lleve a algún sitio?

Elsa negó con la cabeza y se alejó. Apretó el paso, cada vez más rápido y frenético como los latidos de su corazón. Al torcer en la *Rue de la Monnaie*, encontró una puerta abierta. Era un edificio viejo, pero de su interior emanaba una cálida luz.

Teléfono, necesito llamar por teléfono... pensó, y se dirigió hacia aquel portal. Cruzó sus puertas empapada. Caminó por el vacío vestíbulo dejando un reguero de agua por el suelo tras de sí. Guiándose por el ruido, llegó hasta una sala llena de gente. Enseguida se dio cuenta de que se encontraba en un pequeño teatro. Sobre el tablado, un grupo de actores, con los libretos en la mano, ensayaban la famosa obra de Henrik Ibsen, *Casa de Muñecas*. Cuando vieron a Elsa entrar, interrumpieron su lectura dramatizada y se quedaron mirándola.

-Hola, perdone que les moleste. ¿Podría usar su teléfono?

-Claro -dijo uno de ellos-. En el piso de arriba, primera puerta a la derecha.

Elsa agradeció con un gesto y fue sin perder un segundo hacia donde le habían indicado. Una vez dentro de la habitación, se abalanzó sobre el aparato y marcó un número que conocía de memoria. Al otro lado, una voz familiar exclamó:

-Buenos días. Revista *Le Rossignol*. ¿En qué...?

-¡Marion, soy Elsa! -atajó ella- ¿Habéis oído lo del Nightfall Express?

-Ah, hola, Elsa. Sí, acabamos de oírlo en la radio.

-¿Sabéis qué ha pasado exactamente? ¿Quién ha muerto?

-No sé, no lo han dicho.

-Por favor, Marion, llama a la estación de tren y pregunta -a medida que hablaba, el nerviosismo en su voz se iba acrecentando-. Que te digan qué ha ocurrido. Si estás ocupada, dame el número y lo haré yo.

-No te preocupes, yo me encargo. Te llamaré en cuanto sepa algo -y colgó.

Elsa resopló con angustia. No le quedaba otra que esperar. Se esforzó por conservar la compostura, por mantenerse siempre fría y fuerte al margen de sus emociones, como siempre había hecho desde su adolescencia. Se soltó y escurrió el pelo mojado, sintiendo las frías gotitas de agua cayendo sobre sus hombros.

El teléfono volvió a sonar al rato. La mano de Elsa, casi con vida propia, se lanzó a descolgar el aparato.

-¿Marion?

-Sí -afirmó la voz de su compañera-. A ver, he sacado algo. Al parecer ocurrió de madrugada, durante la tormenta de nieve. El tren ya llevaba retraso a causa de esta, incluso tuvo que parar por un desprendimiento o algo así. Y cuando tuvo lugar el incidente, se desvió y paró en la estación de Metz. Creo que todavía sigue allí.

-¿Qué ha sido? ¿Un asesinato? ¿Quién ha muerto?

-No me lo han dicho. Lo que sí he conseguido averiguar es que la persona que ha muerto viajaba en el vagón de primera clase.

Al escuchar eso, Elsa sintió que el más negro temor se abalanzaba sobre ella.

-¿En el vagón de primera...? -musitó con apenas un hilo de voz- ¡¿Quién era?! ¡Por favor, Marion, es muy importante!

-No lo sé -dijo Marion.

-¡¿Pero era un hombre o una mujer?! ¡¿No pueden decirte eso al menos?!

-Ellos mismos tampoco sabían nada más.

-Llama a la estación de Metz -insistió Elsa.

-Ya lo he intentado, pero no han querido atenderme -exclamó. Elsa se quedó callada, sin saber qué decir ni qué hacer. Al notar su silencio cargado de preocupación, Marion le preguntó-. Elsa, ¿te encuentras bien? ¿Dónde estás? ¿Necesitas algo?

Despegó los labios para hablar, pero en el último instante, esa costumbre, esa ley impuesta sobre sí misma, le obligó a recular.

-Estoy bien, no te preocupes. Gracias...

Se despidió en un frío tono con el que pretendía disimular su desasosiego interno y colgó el teléfono. Salió de aquel teatro y de nuevo volvió a caminar sin rumbo bajo el aguacero.

Mientras marchaba casi por inercia por las anegadas calles, llegó a una bifurcación y no supo qué camino tomar. Las palabras “muerte”, “Nightfall Express” y “primera clase” seguían clavadas dolorosamente en su cabeza como una astilla, la incertidumbre le quemaba por dentro como un hierro al rojo vivo. Por primera vez en años, sintió verdadero miedo.

Te estás asustando a ti misma sin motivo... Aunque alguien haya muerto, no tiene por qué ser... En el vagón de primera clase viajan más pasajeros... Seguro que ella está bien... se repitió a sí misma una y otra vez como un mantra.

Años atrás, durante la guerra, había sido capaz de mantenerse fría y fuerte incluso en los momentos de mayor peligro. Tal vez ya no fuera la mujer que era entonces. La mera posibilidad, un simple susurro, una sombra de duda, bastaban ahora para destruir su coraza de hielo y agujonear su corazón.

Sin poder evitarlo, el pacto que había hecho con sus pestañas se rompió y las lágrimas corrieron por sus pálidas mejillas, mezclándose con las gotas de lluvia, confundándose y perdiéndose entre ellas...

Lentamente, las lágrimas se precipitaron al vacío...

Capítulo I

La seducción

El sonido del silbato y el traqueteo de la locomotora poniéndose a punto inundaron el andén. Faltaban cinco minutos para la salida del tren. Los pasajeros que aún quedaban por subir a bordo se apresuraron. Puntual, como todo tren que se precie, el Nightfall Express se disponía a partir. La hora prevista eran las cuatro y cuarto de esa tarde del cinco de Noviembre, y su destino, la inmortal ciudad de las luces, París.

Una bella mujer caminaba recatadamente por el andén buscando el vagón de primera clase. Su acompañante, vestido con el clásico chaqué de mayordomo, la seguía portando su equipaje. La chica se detuvo, algo desorientada, para preguntarle:

-Walter, ¿cuál es nuestro...?

De súbito, una tremenda fuerza la golpeó en el hombro, haciéndole perder el equilibrio y caer al suelo. Una pareja, cogidos de la mano y cargando con sus respectivas maletas, la había atropellado en su carrera a toda prisa por el andén.

-¡Lo siento! -exclamó el hombre de la pareja, volviendo la cabeza sin detenerse, mientras se alejaban.

-¿Se encuentra bien, señora? -preguntó el sirviente, agachándose para ayudarla.

-Sí -dijo ella, algo conmovida, pero sin darle mayor importancia al asunto-. Gracias, Walter.

Mina Evans se levantó del suelo y se alisó la falda. Ella y el mayordomo continuaron buscando el coche de primera clase hasta que dieron con él. Una vez a bordo, Walter fue a dejar el equipaje mientras Mina avanzaba por el pasillo hacia su compartimiento.

Quedaba tan sólo un minuto. Los últimos pitidos del silbato, largos y melancólicos, resonaron en el ya vacío andén. La máquina

sudaba, desprendiendo una nube de vapor que envolvía el aire con su sentimental embrujo.

Entonces, en esos postreros segundos, una persona más llegó corriendo por la plataforma: un joven de veintitrés años, de estatura media, vestido de riguroso negro. De complexión atlética, elegante y con buena planta. Su pelo era negro como el carbón que alimentaba la caldera del tren; sus ojos, oscuros y profundos. En su rostro, duro pero a la vez apuesto, lucía una perilla puntiaguda.

Aquel chico contempló jadeante el tren a punto de partir. Cuando se detuvo un instante para recuperar el aliento, vio una figura conocida ante la puerta del coche de primera clase: Walter, el mayordomo. Allí se encontraba, pero no por casualidad. Claramente estaba custodiando la entrada al vagón.

El joven, cuyo nombre era Viktor, retrocedió rápidamente y se ocultó tras una columna. El mayordomo todavía no le había visto, por suerte. Se asomó prudentemente y se fijó en él. Se fijó en su adusto y endurecido rostro, se fijó en sus espesos bigotes grises, e incluso se fijó en el extremo del revólver que abultaba debajo de su chaqueta.

Lord Evans se ha tomado muchas molestias... caviló, mordaz, Viktor. Pero la amenaza del peligro mortal no le achantó. Había tomado su decisión. Iba a subir a ese tren fuera como fuese.

Volvió a asomarse desde detrás de la columna y observó al leal criado que, ojo avizor, montaba guardia cual centinela. Seguramente pensaba quedarse ahí hasta que el tren se pusiera en marcha. Viktor se mantuvo, pues, agazapado como un león acechante y esperó.

Cuando el tren comenzó a moverse, el mayordomo, como él había anticipado, le dio la espalda y se dispuso a subir al tren. Entonces fue cuando el león salió de la estepa y atacó. Viktor corrió hacia Walter a toda velocidad. Este se giró y le vio, pero no lo bastante rápido. Su atacante se abalanzó sobre él y le sacó del tren por la fuerza. Forcejearon violentamente en el andén mientras los vagones pasaban a su lado. Walter agarró del cuello al joven con su poderoso brazo, y con la otra mano intentó sacar el arma. Pero Viktor se lo impidió atrapando su muñeca y dándole un codazo.

Logró liberarse de su estrangulamiento, asió al mayordomo por la nuca y le golpeó la cabeza contra el vagón en movimiento. Walter se desplomó sobre el suelo inconsciente.

Viktor no se paró a contemplar a su oponente caído, el tren se marchaba y le dejaba atrás. Su largo abrigo negro ondeó mientras corría, cortando el vapor del aire. La locomotora fue cogiendo velocidad. Pero Viktor logró alcanzar la puerta del vagón de primera, antes tan bien defendida por el mayordomo, se enganchó a ella con un salto y subió a bordo del tren.

El Nightfall Express comenzaba su viaje...